

que los *sanggiangs* de los dajakes, los *jangs* de los javaneses y los *wongs* de las Molucas pueden ser considerados como espíritus buenos en cuanto dispensan favores ó combaten á los malos espíritus previos los oportunos sacrificios. Pertenecen á esa categoría todos los espíritus tutelares que residen en los innumerables amuletos y en las joyas sagradas; las aldeas, las casas, los árboles y las montañas tienen sus espíritus tutelares. En Java, cada campo de arroz posee su espíritu especial y no es fácil que nadie se atreva allí á sembrar ó á cosechar sin que antes un sacerdote haya ofrecido incienso y manjares para conquistarse el auxilio del espíritu. Las fuentes medicinales tienen también sus espíritus á los cuales construyen chozas y presentan ofrendas los peregrinos que van á buscar la salud en esos manantiales. Por fortuna no es tarea difícil conquistarse un espíritu tutelar. «Cualquiera — dice Hagen hablando de los battas — encuentra una vez por lo menos durante su vida un espíritu tutelar, *bagar*, sea en forma de piedrecitas que ruedan por el fondo de una corriente de agua, sea en forma de raíz, pedazo de madera de configuración especial, etc. Si el hombre reconoce que el objeto es un *bagar* ó sospecha que puede serlo, lo recoge y para saberlo con firmeza lo lleva al guru el cual se dirige con el objeto en cuestión al lugar sagrado de la aldea en donde se levanta el pangulubalang, llevando consigo la comida correspondiente y hace que el espíritu se introduzca en aquél para lo cual verifica varias ceremonias en las cuales representa un papel principal el lavatorio con zumo de limón.» El zumo de limón junto con el jengibre y la pimienta es también un elemento importante para confeccionar el jugo de los conjuros que introducido á gotas en los ojos permite ver á los espíritus.

La inmensa mayoría de las almas de los difuntos son espíritus buenos, en cambio las de los que no han recibido sepultura ó han fallecido en lejanas tierras se convierten en espíritus malos; para éstos son las ceremonias más complicadas y los más grandes sacrificios y á ellos está también consagrada la fiesta que se celebra en acción de gracias después de la cosecha. A las almas de los que han muerto asesinados se les atribuye un poder especial por lo mismo que han pasado á la otra vida antes de tiempo. Es muy digno de notarse para que se comprenda el arraigo que entre los hombres tienen los malos espíritus, los *swangis* de las islas orientales, el hecho de que aparecen mucho más enérgicamente individualizados que los buenos, de suerte que con las vagas nociones que acerca del modo de ser de los espíritus buenos se poseen contrastan de una manera notable los perfiles perfectamente destacados de los malos. Los habitantes de Java conocen un espíritu malo de la selva al que dan el nombre de *Aul*, cuando se le ve sólo fugazmente y de lejos parece un hombre. De repente ese ser se mueve sobre sus cuatro patas ó sobre las manos, echa la cabeza hacia atrás, levanta los pies en aire y poniendo luego las piernas sobre la nuca echa á correr apoyándose sobre las manos. Además escupe á todos lados y de cuando en cuando lanza un grito agudo *ul, ul!* al cual debe su nombre; salta sobre las espaldas de los hombres, obligándoles á que lo lleven, viola á las mujeres, etc., y lo mismo es temible de día que de noche, pero durante ésta acompaña serpientes de fuego que son denominadas «uñas de muerto.» Otro espíritu malo de aspecto raro y engañoso es el *Bilun Samak*, espíritu de las aguas, que se arrastra en la superficie de éstas en forma de hoja de gran tamaño ó de estera entrelazada; cuando se le acerca algún hombre, el espíritu se arrolla y se hunde en el fondo como una bala de plomo arrastrando consigo á su víctima. En cambio *Mentak* se aparece en forma de inocente niño, recorriendo

de esta manera los campos de arroz para llevar enfermedades á las plantas. Existe, además, un espíritu llamado *Kuntianak* ó *Puntianak*, de forma horriblemente mutilada, que es especialmente dañino á las mujeres embarazadas; por esto allí donde hay alguna mujer á punto de parir se cierran y vigilan cuidadosamente las cabañas, se encienden hogueras y se organizan rondas de centinelas con antorchas para ahuyentar al espíritu. Jagor lo encontró bajo el nombre de *Pantianak* entre los vicoles de Camarines, los cuales cuando una mujer va de parto tapan herméticamente todas las aberturas de la choza para impedir que entre en ella.

En las islas orientales, los más de los espíritus malos parecen ser espíritus del bosque, quizás en contraposición á los buenos espíritus de los antepasados que habitan en las aldeas. Por regla general, los malos espíritus abominan la luz y de aquí que se arrojen contra sus altares expiatorios flechas con luces de cera. También se emplea el agua consagrada, pero á ésta se le atribuyen cualidades más bien curativas que purificadoras. La influencia de los malos espíritus es tanto mayor cuanto que poseen el don de la omnipresencia. Metzger tuvo ocasión de ver á menudo cómo sus trabajadores se ponían pensativos al menor incidente que generalmente hacía reír á los joviales sundaneses, con sólo que á alguno de ellos se le ocurriera decir que era una treta de este ó de aquel espíritu, pues no hay acto, ni lugar, ni tiempo que se puedan considerar exentos de la intervención de los espíritus. «El indígena se encuentra siempre en frente de una superior influencia.» La desgracia se aferra á las cosas y á los hombres y de no ser posible destruirla es preciso alejarla cambiando las condiciones externas de éstos; así por ejemplo los materiales de una cabaña destruida no pueden servir para la construcción de una nueva. La imaginación que implora auxilio á todo se aferra á mil pequeñeces excitada por analogías aparentes ó muy remotas. Cuando ocurre un incendio pónese un espejo delante del fuego para que éste se espante de sí mismo; cuando de repente se pone á llover y cesa de repente la lluvia, se cree que se ha cometido un asesinato. Los hombres desgraciados no se contentan con cambiar de nombre sino que tienen que dejar que con un tronco de plátano se practiquen todas las ceremonias del entierro como si de su propio sepelio se tratara, con lo cual sepultan en la tierra la desgracia que les persigue.

En oposición á estos espíritus visibles y á menudo bastante tangibles existen los espíritus invisibles que llenan el vacío que la corporalidad de los primeros deja entre ellos y que son doblemente temibles por lo mismo que no se les ve; á esta clase pertenece la numerosa familia de los *djurig* de la superstición javanesa. Donde quiera que los otros espíritus dejen un espacio desocupado puede tenerse por seguro que allí han sentado los *djurig* sus reales. Estos espíritus, que muy raras veces son visibles en forma de tigres ó de serpientes de fuego, son esencialmente malos y es preciso apaciguarlos por medio de abundantes sacrificios; aunque vagan por todas partes, residen con preferencia en los bosques. Los yermos, los desiertos, los pedregales, los precipicios abiertos en las rocas y demás asolamientos son atribuídos á ellos. Una forma más suave de esta clase de espíritus son los *ganderuwa* y los *wewes*, indígenas también en Java, *koboldes* intrigantes masculinos y femeninos que sin ser vistos atormentan á los hombres; algunas veces las oraciones y los sacrificios los ahuyentan, otras todos los medios son infructuosos y no hay más que estarse quieto hasta que se cansan. La forma en que más generalmente mortifican á los hombres es arrojándoles piedras ó man-

chándoles los vestidos con saliva encarnada á fuerza de mascar betel. Análogos á unos y á otros son los *begus* de los battas que de una manera tan especial sobresalen en el tan excesivamente corporalizado sistema de los espíritus de este pueblo; y decimos especial porque mientras los battas conciben á todos los espíritus y almas, incluso al mismo Dios, en formas corpóreas y les atribuyen figura humana, los *begus*, en su sentir, no son más que un soplo, un aire desprovisto de todo cuerpo. Junghuhn cita 16 *begus* distintos que tienen poder para hacer bien ó para hacer mal, aunque esto último sea lo más frecuente. A este grupo pertenecen los espíritus invisibles de las enfermedades: el único visible es el temido *begu Nalatin*, espíritu de la discordia y de la muerte á quien se ve andar de noche con ojos de fuego, lengua larga y encarnada y garras en las manos. Semejante á él parece ser el *Burung Swangie*, el más temido de los espíritus de Halmahera, que es considerado como espíritu del mal que furtivamente se arrastra por la tierra. Los *begus* cercan al hombre aun en el momento de morir y procuran apoderarse de su cadáver. Contra ellos asestan continuamente sus sablazos los *ulubalangs*, combatientes, que rodean y defienden el cadáver de un bajá cuando es llevado á enterrar. También pertenecen á este grupo los *ririwas* á los cuales se atribuye todo rumor que no proceda de un alma pobre.

Una gran parte de las fiestas malayas tienen por objeto la reconciliación con los malos espíritus. La curación de enfermedades consiste principalmente en arrojar á algún mal espíritu; para facilitar este procedimiento fabrican los battas una muñeca de plátano á la que visten con harapos y colocan junto al enfermo hasta que en ella se encarna el espíritu que huye de los hechizos, conseguido lo cual se la quita inmediatamente de allí y se la arroja lejos. Cuando se teme que sobrevengan enfermedades, como sucede al descender de la sana meseta de Tobah á los territorios bajos de la costa tan azotados por las fiebres, se ofrecen sacrificios á los espíritus de las enfermedades y en este caso especial al espíritu de las intermitentes, *Begu Marung*. Estos sacrificios, según Hagen, consisten en pequeños bastones envueltos en un poco de algodón que los indígenas clavan en el suelo rezando con la cara mirando al Este, mascando siri y pintándose la frente y las mejillas con una infusión encarnada. Bastián, hablando de Galela, dice que hay allí lugares permanentes para los sacrificios destinados á los malos espíritus en forma de pequeñas chozas parecidas á las casitas de almas en las cuales se depositan viandas.

Los amuletos alcanzan gran importancia religiosa gracias á cierto papel político que se les atribuye; convertidos en joyas del reino puesto que están en poder de algunas familias gobernantes, su importancia aumenta de día en día. En las Celebes se da el título de príncipe á los pequeños caudillos de aldea ó á los individuos de familias tiempo há destronadas, y si se pregunta la causa de ello se viene en conocimiento de que estas personas son poseedoras de alhajas venerandas y de que las casas de aquéllas toman el nombre de éstas y no el de sus propietarios que es el que llevan en los demás casos. «Cuando se penetra en una de estas casas — dice Kooreman — obsérvese en las vigas del techo una casita en miniatura envuelta en una cortina de tela de abigarrados colores; en la cual se guardan las alhajas del reino. Casi siempre se contesta negativamente al que pide permiso para entrar en este recinto, y si alguna vez se concede no se verifica sin algunas ceremonias. Dos viejas, llamadas *pinatis* ó sacerdotisas, suben delante del viajero la escalera entonando con voz sonora un canto mo-

nótono y cuando el visitante ha llegado al último peldaño golpean el *gong* y el *gangrang* (especie de tambor) y salpican al forastero y toda la habitación con arroz quemado, pudiendo aquél darse por muy contento si todo se reduce á esto y no se le somete á unturas de aceite hirviendo en la frente. Sobre una especie de mesa denominada *bale-bale* hay una cestita ó cajita cuidadosamente tapada con sarong y junto á ella quémase *dupa* (incienso) y arden algunos cirios á cuya luz se distinguen lanzas, *krisis*, *badiks* (especie de armas punzantes), á veces también algún fusil, un escudo, un *badju-rante* ó coraza, un parasol, una caja de siri (betel) con su escudidera, toda clase de enseres domésticos como pucheros, *bakkaras* (bandejas) de cobre y finalmente un par de escudillas también de cobre, una con arroz cocido y otra con hojas de betel y con los demás accesorios necesarios para mascar esta planta, todo confusamente revuelto por el suelo ó colgado en las paredes. Todos estos objetos que reciben el nombre de ornamentos, puede el visitante mirarlos y aun tocarlos, pero si pregunta qué hay en la cestita ó cajita colocada sobre el *bale-bale* y muestra deseos de ver su contenido, se le manifiesta que la sola mirada de ello le produciría la muerte y se procura sacarle de allí lo más pronto posible. En tiempos normales las sacerdotisas ó *pinatis* visitan los ornamentos para llevarles siri y arroz, encender *kandjolis* (cirios), quemar incienso y entonar cánticos ensalzando el poder y la grandeza de aquellos objetos.»

A estos objetos sagrados se acoge el pueblo en los momentos de necesidad ó de peligro, sacrificándoles gallinas, cabras y búfalos, rociándolos con sangre de búfalo y llevándolos en procesión y los juramentos que sobre ellos se prestan tienen más valor que los prestados sobre el Alcorán. Estas sagradas reliquias exigen muchas cosas de parte de sus adoradores, así por ejemplo cuando se las lleva procesionalmente ó se las traslada de un lugar á otro, todo el que presencia la ceremonia ó tiene de ella noticia se ha de agregar á la comitiva, siendo castigado el que á ello se niega ó el que falta de cualquier manera al alto respeto que estas cosas se merecen. Este castigo ha de ser aplicado por los propietarios de las reliquias, los cuales gracias á esto y en virtud del principio de la mano muerta adquieren extraordinaria influencia. Los campos de arroz de los que mueren sin herederos son de los ornamentos y una vez sembrados los campos á éstos pertenecientes no puede ya promoverse sobre ellos cuestión alguna. Todo indígena que se opone al mandato que se le da pierde el usufructo de su propiedad que adquieren entonces los ornamentos, y si la resistencia se traducía en hechos, el culpable y algunas veces su familia y sus parientes se convertían, antes de la administración holandesa, en esclavos de los ornamentos. Una esclava cuyo dueño quiera forzar su voluntad y que se someta á la reliquia, es decir pida á ella protección, pasa á ser propiedad de la misma perdiendo aquél todos sus derechos.

¿Y qué son en el fondo estas alhajas que vistas de cerca distan mucho de ser preciosas? Pues no son otra cosa que amuletos que han dejado de ser propiedad de particulares y á los cuales se ha concedido un carácter político en provecho de los gobernantes; de suerte que son fetiches de Estado ó amuletos que llevan impreso un sello político. La costumbre de adorarlos data de una época en que todavía existían una porción de reinos independientes; la tradición relaciona la fundación de cada uno de éstos con el hallazgo de un ornamento, exceptuándose de ello los reinos recientemente fundados por príncipes proscritos. En distintos puntos del archipiélago encontramos repetida la

leyenda de los príncipes que encontraron un objeto de oro, en Ternate, por ejemplo, una piedra de afilar, que adorado como amuleto llevó á sus territorios tal número de visitantes que lo fueron cediendo á otros para librarse de tan pesada carga hasta que al fin fué á parar á manos de un príncipe pobre el cual vió aumentar gracias á él el número de sus súbditos. El lugar en que se hallaba un *gankan-ihat*, fuese éste un pedazo de madera, una piedra de forma especial, un arma ó un escudo, era considerado como sitio á propósito para el establecimiento de una colonia. El extraño nombre de este sagrado hallazgo permite suponer que no fué el que lo encontró, sino el objeto mismo, el *gankán*, el que fué considerado como fundador del primer kampong y como autor de todo lo que después sucedió por lo mismo que él era el que traía suerte ó desgracia. Para él se construía una casita especial y además se le rodeaba de armas, utensilios domésticos y se le hacían sacrificios, dándose á todos éstos el nombre de *kalompowán*, es decir signos de grandeza; el que lo había hallado era su guardador y tenía que señalar al *gankán* el puesto que había de ocupar en el balcón del alero del tejado delantero, convirtiéndose de este modo en el hombre más influyente de su pueblo. A medida que las colonias fueron ensanchándose, hizo necesario mayor número de *gankanes* que fueron hallados con el auxilio de los primeros y á los cuales se dió el nombre de *kadjanangans*, es decir subordinados. La primitiva colonia conservó el predominio sobre la engrandecida tribu y su riqueza creció notablemente; desde aquel momento ya no se consideró suficiente dedicar al *gankán* armas y utensilios en calidad de *kalompowanes* sino que se le ofreció, además, frutas, campos, viveros de peces, etc. y en Boni se llegó á establecer para él una yeguada recibiendo finalmente hasta esclavos. Pero en el mismo hecho de ser el *gankán* propiedad común de todos los habitantes de la aldea y de las colonias hijuelas existe una limitación del poder del guardador de aquél que es elegido por los caudillos de las aldeas y que gobierna juntamente con la asamblea que éstos constituyen.

Esta grosera creencia en amuletos reviste un carácter más refinado en los territorios occidentales del archipiélago gracias á las influencias de las civilizaciones extranjeras; allí las raíces y las piedras están arrinconadas prevaleciendo en su lugar las reliquias, los objetos trasmitidos por la tradición y las máximas del Alcorán. Ciertamente ser amuleto todo aquello «que ha dado ya prueba de su fuerza ó en cuya eficacia se cree,» pero los amuletos más estimados son las reliquias. Especial respeto se concede á los *barang pusakas*, objetos de diversas clases, como por ejemplo armas, joyas y sobre todo piedras preciosas de determinados colores como los diamantes grises de Martapura que proceden de los antepasados y que son designados como almas de los diamantes; estos diamantes son más estimados si antes han servido ya á un objeto análogo. Las antiguas destrales de piedra son consideradas como «dientes de trueno,» estableciéndose entre ellas una división en masculinas y femeninas y atribuyéndose á unas y á otras gran poder mágico. Las máximas del Alcorán escritas en papel (*tsim*) son excelentes no sólo para proteger contra los malos espíritus sino también para hacer la felicidad de los hombres, para lo cual se lleva en la cabeza ó en cualquier parte del cuerpo el papel arrollado. Hay otras máximas llamadas *djampe-rapal* que sirven para un objeto concreto, como por ejemplo para proteger contra el fuego ó el agua, para enriquecerse rápidamente, etc. Para preservar á una choza de malas influencias se apela al *tumbal*, es decir se escribe en ella una máxima y los nombres de Dios,

del profeta y de sus cuatro discípulos; también se consigue el mismo objeto colgando en la puerta de aquélla algunos hechizos preparados de distintas maneras y conforme á prescripciones establecidas. Los *dajakes* consideran como medicina los modelos de cabañas en miniatura en cuya puerta se coloca á menudo una serpiente; igual virtud se concede á las imágenes de cocodrilo talladas en madera que, junto con otras figuras de animales (véase el grabado de la pág. 632), encontramos también entre los igorotes y *ginanos* de Luzón. En Halmahera se pone á la disposición del dios una casita con sillitas y mesitas, una para y otros enseres ó mobiliario.

La sencilla hechicería de los pueblos malayos naturales reviste en el *Ngilmu* un carácter científico. Entre los javaneses el que posee un *rapal* sólo puede realizar determinados actos de hechicería, al paso que el que conoce el *ngilmu* dispone de un arma de poder ilimitado. *Ngilmu* es la astronomía, el arte de los filtros amorosos, de enriquecerse, etc., y guarda respecto del *rapal* la misma relación que la ciencia con la industria; *ngilma* es la teoría, *rapal* la práctica. Con razón dice Veth que ningún pueblo del mundo tiene en más estima ni cultiva con más celo la ciencia que los javaneses. *Ngilmu* es, en general, el arte de robar impunemente. Se diría *rapal*, por ejemplo, cuando un ladrón vulgar adormeciera en un caso dado con determinadas manipulaciones ó palabras mágicas al dueño de la casa que quisiera robar. El poseedor del *ngilmu* debe conocer también este arte, pero su ciencia y su poder van mucho más allá; además su público tiene la preciosa cualidad de no descorazonarse á pesar de los malos éxitos. Cuando un *rapal* no sirve para lo que se desea se le considera como superchería é inmediatamente se le arroja; el *ngilmu*, en cambio, sigue siendo, aun en este caso, igualmente apreciado. La eficacia de un *ngilmu* llega á veces á ser punto menos que cómica, como puede demostrarlo el siguiente ejemplo suministrado por Metzger: dos hombres luchan entre sí con fuerzas iguales; de repente uno de ellos emprende la fuga sin que los espectadores puedan sospechar la causa de la huida, hasta que se les ocurre que uno de los contendientes posee el *ngilmu bala sewu* y que ha pronunciado el *rapal* con lo cual ha hecho huir al otro. El *ngilmu* abarca, además, muchas ciencias mahometanas é indias, de las cuales la superior está tomada del Alcorán y la posee aquel que sabe por qué el aliento se llama aliento, cómo se llama de día y cómo de noche, á dónde va cuando muere y en dónde permanece después. Los sacerdotes mahometanos dicen que Allah comunicó este secreto al profeta pero prohibiéndole escribirlo, razón por la cual no se ha podido descubrir todavía. Pero esto no es generalmente admitido. Un indígena ilustrado, Raden Mas Adipati Ario Tjondro Negoro, dice en sus observaciones sobre la «Java» de Veth: este *ngilmu* aparece muy encubierto en el Alcorán por medio de un lenguaje figurado y de narraciones simbólicas escritas en cortos versículos, de suerte que es enteramente ininteligible para los profanos. Las contradicciones que algunas descripciones del Alcorán encierran sólo sirven de velo al *ngilmu*. La causa de que éste únicamente sea enseñado á unas pocas personas iniciadas está en el miedo de que si se enseñaba á todo el mundo resultarían muchas equivocaciones que podrían producir innumerables disgustos, siendo probable que los templos se desplomarían en ruinas, que el poder de los príncipes se debilitaría notablemente etc. etc. Cuando un guro, maestro, está autorizado por su superior para enseñar este *ngilmu* á alguna otra persona, se determina al propio tiempo que sólo podrá hacerse esta confidencia á gentes de mucha confian-

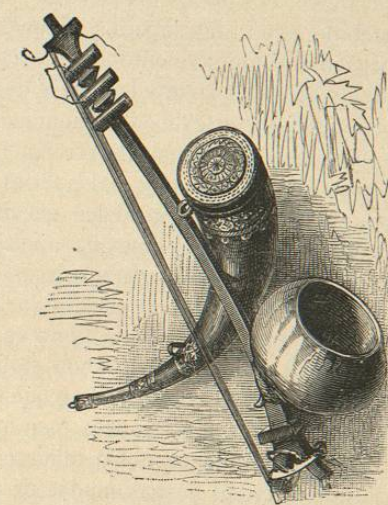
za, las cuales no podrán trasmitirla á otros, ni siquiera á sus mujeres é hijos. Este permiso sólo puede extenderse á cuatro personas muy íntimas, siguiendo en ello el ejemplo de Mahoma que únicamente comunicó su doctrina á cuatro apóstoles á quienes permitió enseñarla á otros. Generalmente no se enseña este *ngilmu* más que á los individuos que han cumplido cuarenta años.

La mitología de los pueblos malayos ni ha alcanzado tanto desarrollo ni se nos presenta tan clara como sus doctrinas acerca de los espíritus y de los fantasmas. Warneck sienta una gran verdad cuando dice en su «Noche y mañana en Sumatra» que los dioses supremos, es decir la trinidad formada por Bataragura, Soripada y Mangalabulán, sólo existen en teoría, pues los *battas* los han arrinconado no teniendo que habérselas en la práctica más que con los espíritus. Estos dioses únicamente aparecen allí donde la fe se siente inclinada á atribuirles funciones superiores á las de los espíritus ó allí donde las ideas tienden de cuando en cuando á los problemas cosmogónicos ó finalmente en los casos muy apurados para los cuales no sirve toda la cohorte de espíritus individuales. Schreiber que tan perfectamente conoce á los *battas* nos atestigua que en algunos casos, especialmente en las cuestiones importantes que afectan á todo el pueblo, éste eleva sus oraciones al dios supremo, al creador de todas las cosas, oraciones que por su carácter de intimidad y de verdad interna emocionaron agradablemente á los mismos misioneros cristianos. También se pronuncia el nombre del dios supremo cuando se presta algún juramento terrible. El islamismo no ha alterado muy profundamente este estado de cosas; Riedel hace del país de Holontalo, exteriormente conquistado por el islamismo, una descripción que bien puede calificarse de típica por lo que se refiere á la propagación de las ideas religiosas en muchas comarcas del Archipiélago: la religión dominante es la mahometana regulada por antiguos usos y costumbres paganos, conservando siempre gran influencia las supersticiones heredadas y la divinización de las fuerzas naturales. En los territorios del interior hay gente anciana que secretamente profesa el fetichismo: algunos están entregados á una especie de heliolatría y ven en el sol y en la luna los principios masculino y femenino de la vida: otros dan al poder supremo el nombre de La (Alah?) que equivale á supremo señor, pero esta idea de Dios no parece haber alcanzado su completo desenvolvimiento.

A los espíritus protectores se les denomina á menudo almas de héroes ó de cualesquiera otros antepasados que han regresado á la tierra. La antropoteogonía aparece clara cuando se nos dice, hablando por ejemplo de Timorlaut, que cada aldea tiene su espíritu tutelar representado por una figura de madera de forma humana colocada en la plaza pública. Además por algunos casos históricos se ve demostrado con mucha frecuencia el proceso de la deificación. Wallace pudo reunir entre los *dajakes* varias pruebas del modo cómo los pueblos infantiles convierten en héroes y en semidioses á los grandes bienhechores. Sir James Brooke había libertado á este pueblo de la opresión de los malayos, no queriendo este rajah nada para sí por todas las bendiciones que había prodigado. ¿Qué podría moverle á derramarlas si no era más que un hombre vulgar? En las aldeas distantes que habían sentido los efectos de los beneficios del soberano pero que no habían visto á éste personalmente, preguntáronle á Wallace si Brooke era tan viejo como las montañas y si tenía poder para resucitar á los muertos. La leyenda dinástica de Kutei, en Borneo, ofrece, tal como la refiere Dewall, un magnífico ejemplo de conti-

nuada formación de mitos: Panggawa Besur de Kutei tenía muchos hijos y nietos y deseando que un rey reinara sobre ellos pidió á uno de los dioses que le enviara un soberano para que se casara con su hija, en vista de lo cual descendió al mundo el rajah Dewa Gong Saktieh que fundó la dinastía de Kutei. Más tarde el islamismo trajo al país á un árabe que podía cabalgar en un pez.

El ser supremo está tan lejos del pueblo que éste apenas sabe darle un nombre, pudiendo de esto deducirse cuán fácilmente pudo un dios de baja estofa ó extranjero elevarse á este puesto poco menos que vacío. Por esto el auxiliar y terminador de la creación, el Bataru Guru de los javaneses, ha venido á llenar esta laguna y lo propio ha hecho al-



Cítara y cuerno para la pólvora de los hovas.
(Museo Etnográfico, Dresde)

gún dios de carácter mahometano en todos aquellos territorios por los cuales se ha extendido el islamismo. Los *maanjanés* de Borneo dan el nombre de Alhatalla, de origen evidentemente islamita, al ser supremo á quien no temen porque de él esperan sólo cosas buenas. Pirmán, el dios supremo é invisible creador del mundo de los *benúas*, parece ser de procedencia semi india y semi mahometana; lo primero demuéstralo la circunstancia de que Wischnú lleva en la India meridional el nombre de Pirmal y lo segundo está corroborado por la relación que los *benúas* han establecido entre la palabra Alah y el nombre de su dios Pirmán. Una gran parte de este pueblo denomina á dios, Tuhán Alah; en algunas fórmulas mágicas de los *mintiras* se invoca también á Mahoma y en las oraciones que rezan en los trabajos agrícolas se encuentra, aunque en el fondo no sea de origen malayo, la palabra *Smillah*, es decir *Bismillah*. Inexplicables son los nombres de *Lubu-langi*, *Kabiga* y *Malyari* que los *niasses*, los *ilamuts* y los *zambales* dan respectivamente á su ser supremo. Un *Kabigat* aparece entre los *ifugaos* de Luzón como hijo del sumo dios *Kabunián* que los *igorotes* denominan *Kabuniang* y cuyas hijas se llaman *Buingán* y *Dauungen*; de los matrimonios que entre sí contrajeron todos estos seres resultó la humanidad. Las denominaciones *Iohu ma di hutu* (señor allá arriba) y *Io ma dutu* que encontramos en Halmahera y en Tabela respectivamente están muy generalizadas: á la última de estas dos denominaciones se le atribuye, y esto constituye una abstracción profunda, la falta de sexo y los fieles dicen que la gran distancia á que se encuentra de los hombres le impide oír las oraciones. Por otra parte, en algunas de las tribus tagalas de Luzón encontramos una diosa *Bugán* ó *Buján* que aparece como hija de la suprema pareja de dioses ó como esposa del dios supremo; en otras